



# TENDENCIAS DE LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA SOBRE LOS IBERISMOS, 1975-2013<sup>1</sup>

César Rina Simón

Universidad de Navarra

Calouste Gulbenkian Foundation

## Introducción

La historiografía peninsular durante el siglo XX ha abordado con profusión los iberismos en el seno de la historia de las relaciones internacionales. Sin embargo, el abanico de investigaciones se ha abierto con la recepción y adaptación de los estudios culturales, de la historia de las ideas y de los imaginarios públicos, de las imago-logías y las historias literarias, de la antropología rayana o de la historia de los conceptos. La perspectiva transnacional y el análisis de los trasvases culturales han permitido superar la alteridad explicativa de los Estados-nación.

Este nuevo horizonte de investigaciones ha reelaborado los discursos historiográficos y las identidades ibéricas, dotando de una complejidad a procesos poliédricos de identificación y contestación de dinámicas culturales y praxis políticas. La reciente historiografía portuguesa, tal y como ha señalado Sérgio Campos Matos, ha contribuido con sus estudios a la comprensión de los iberismos —en plural— como fenómenos identitarios, políticos, culturales, económicos o filosóficos que desbordaron en sus prácticas y discursos los tradicionales términos de alteridad de los Estado-nación.<sup>2</sup>

La historiografía peninsular coincide en considerar a los iberismos como un movimiento

cultural y/o político, y/o utópico, y/o coyuntural que hunde sus raíces en las revoluciones liberales burguesas, en los procesos de construcción de los imaginarios nacionales y en la toma de conciencia de España y Portugal de su decadencia. Los objetivos, planteamientos y caminos de los iberismos decimonónicos variaron según el autor, los contextos o el horizonte de expectativas posible: desde una liga comercial, al modo del *Zollverein* alemán, hasta una unión política, republicana o monárquica, pasando por la creación de asociaciones literarias y de fomento de las relaciones ibéricas. Para José Antonio Roca-mora, el iberismo fue un movimiento nacionalista de inspiración liberal y burguesa que, emulando el ejemplo italiano, pretendía la unificación peninsular y la construcción de una identidad compartida. Este nacionalismo ibérico habría que diferenciarlo del iberismo, peninsularismo, hispanismo o lusismo que, si bien no cuestionaban la autonomía de ambos países, abogaban por la apertura y mejora de los espacios de contactos ibéricos.<sup>3</sup> Si bien esta clasificación se asienta sobre patrones historiográficos justificables, consideramos necesario no establecer líneas fronterizas concretas entre los proyectos políticos y culturales peninsulares, sometidos a una coyunturalidad y contingencia que los convierte en proyectos y anhelos transversales a las distintas culturas políticas del ochocientos





—liberales, conservadores, republicanos, federales, tradicionalistas, demócratas, etc.—. La multiplicidad de aristas que presenta el término, así como las variables ideológicas de las propuestas iberistas, impiden acotarlo en unos principios doctrinarios cerrados. Por lo tanto, definir implica excluir. El cordón umbilical que nos permite relacionar los múltiples postulados ibéricos sería la idea de superar la dialéctica dicotómica de contacto-enfrentamiento que afectaba desde el origen histórico de Portugal a ambos países. El objetivo de nuestro análisis ha sido el de superar los condicionantes ideológicos e identitarios para investigar las narrativas sobre los iberismos más allá de los límites y narrativas de los estado-nación peninsulares.

Una vez referenciado el concepto «iberismo», nos disponemos a realizar un análisis de los principales acercamientos de la historiografía española a este fenómeno en las últimas cuatro décadas, haciendo especial hincapié en aquellos sesgos y omisiones que permiten rastrear las relaciones entre la historiografía y los usos públicos de la historia en la contemporaneidad, el papel del historiador como forjador de memorias y de la sociedad que interpreta, transforma o rechaza determinadas imágenes del pasado.

#### Las primeras historias del iberismo

El interés por la historia y el desarrollo de los proyectos culturales, historiográficos y políticos iberistas surgió en el seno de los movimientos unionistas o federalistas peninsulares del siglo XIX. Los primeros teóricos del iberismo articularon un complejo entramado historicista que, al modo del resto de los nacionalismos decimonónicos centrípetos y centrífugos, presentó el pasado como justificación perenne y esencialista de la necesidad de dotar al territorio histórico de la nación de un estado soberano.<sup>4</sup> Los planteamientos iberistas encontraron en el pasado los principales anclajes del discurso unionista, del mismo modo que sus detractores, el patriotismo español y, sobre todo, el patriotismo luso,

recurrieron a la historia como constatación evidente del alma nacional representada en diferentes acontecimientos y personajes del pasado. El recuerdo de estos acontecimientos, parcial y selectivo, permitió la articulación de un discurso historicista que conectaba el presente de la nación con un pasado remoto que se proyectaba hacia un futuro escrito por la providencia de las esencias patrias.

La primera gran obra teórica del iberismo en el ámbito monárquico fue *A Ibéria, memória escrita em língua espanhola por um floportuguês e traduzida na língua portuguesa por um floibérico*, publicada en portugués en diciembre de 1851, sin firma, por Sinibaldo de Más, con prólogo de Latino Coelho. Contó con una amplia difusión, varias ediciones y generó profusos debates iberistas. Supuso la gran síntesis de las fuentes del nacionalismo ibérico y su impronta se extendió durante todo el ochocientos como la obra clave para comprender los orígenes del iberismo y su concreción dinástica. Las sucesivas reediciones de la obra se vieron ampliadas con «palabras introductorias», apéndices documentales sobre las polémicas vertidas en la prensa a raíz de su publicación y un amplio anexo de comentarios —mayoritariamente favorables— que había generado la obra en la prensa lusa.<sup>5</sup> De esta forma, Sinibaldo de Más realizó la primera recopilación de testimonios vertidos en torno a los planteamientos ibéricos, con el interés retórico de asentar su discurso en una tradición política liberal basada en la idea de progreso y acompañarlo de la legitimación de diferentes autoridades lusas.

El interés por narrar la historia del iberismo tenía como objetivo superar la idea de novedad de los planteamientos peninsulares, insertándolos y generalizándolos en discursos políticos más amplios. Para ello, Sinibaldo de Más recogió un amplio número de citas que, en muchos casos, estaban sacadas de contexto o bien formaban parte de corpus teóricos heterogéneos, pero simplificados e «iberizados» para legitimar con más fuerza su proyecto de unión dinástica.



Entre varios personajes destacados cita a Carlos José Caldeira, al obispo Jerónimo J. da Matta, al duque de Palmella, al vizconde de Almeida Garrett, a Alexandre Herculano, a José María Casal Ribeiro, a José Félix Henriques Nogueira y a José Estevan Coello de Magalhaes.<sup>6</sup>

Del mismo modo, los primeros proyectos iberistas federales y republicanos también recurrieron a planteamientos historicistas y a la búsqueda de autoridades que avalaran su discurso, en tanto que el movimiento iberista y confederal en el marco europeo del progreso hacía de la federación ibérica un horizonte de experiencia incuestionable, primera piedra de entramados confederales mayores. Los discursos iberistas, en cualquiera de sus formas, buscaron una legitimación historicista y geográfica así como un proyecto de futuro: la culminación del proceso revolucionario que conduciría a la libertad y la fraternidad universal entre las naciones.<sup>7</sup>

Hubo que esperar al Sexenio Revolucionario iniciado en 1868 en España con el derrocamiento de Isabel II para que se publicase la primera monografía intitulada *Historia de una idea: España y Portugal*, escrita por Andrés Borrego y editada sin firma, en la que se abordaba la historia del iberismo liberal, retrotrayendo el proceso a las revoluciones liberales burguesas y a las conspiraciones políticas de los exiliados en París y Londres.<sup>8</sup> Para Borrego, la revolución de septiembre no podía ser sólo antiborbónica, sino profundamente ibérica, un cambio estratégico que aunara los intereses peninsulares en la política internacional. El interés general y el bien público pasaban por la conformación de la unidad ibérica, que sólo los diputados y partidos políticos podrían concretar en los marcos legales necesarios para articular dicha unión en torno a una monarquía, ya que el pueblo peninsular no estaba preparado para un modelo republicano sin autoridad. Y, concluía Borrego,

no basta, empero, la patriótica aspiración de proclamar un Braganza; se necesita el asentamiento de nación hermana, y para que ésta consienta (...)

hay que destruir las prevenciones y errores que han enmarañado una cuestión de suyo sencilla, hay que disipar las desconfianzas y los recelos, que aquellos errores han engendrado.<sup>9</sup>

La obra de Andrés Borrego presentaba una interpretación sugerente: el iberismo era fruto del liberalismo, del nuevo horizonte revolucionario, de la idea del progreso y también del acercamiento confraternal kantiano entre las naciones. Es decir, el iberismo no era una característica presente a lo largo de la historia peninsular, sino más bien un movimiento eminentemente moderno que no tenía relación alguna con las uniones dinásticas precontemporáneas. Esta explicación histórica del iberismo fue continuada por Fernández de los Ríos en su obra *Mi misión en Portugal*<sup>10</sup> y por Juan del Nido y Segalerva en uno de los últimos planteamientos iberistas de corte monárquico-liberal y de amplia raíz decimonónica: *La Unión Ibérica*.<sup>11</sup> A este respecto, cabe destacar la continuidad evidente entre las obras de Borrego, Fernández de los Ríos y del Nido y Segalerva, tradición documental, discursiva y explicativa que se tradujo en la constitución de un canon historiográfico del iberismo desde una perspectiva monárquica y conservadora, en la que lejos de presentarse como un movimiento de horizontes revolucionarios e internacionalistas, casaba plenamente con el modelo monárquico y su acción quedaba restringida al liberalismo peninsular.

Durante las dictaduras de Franco y Salazar fueron abundantes las monografías históricas —centradas en la Edad Media y la Edad Moderna— que abordaban desde una perspectiva positivista y erudita las relaciones internacionales entre España y Portugal.<sup>12</sup> Pero, en el contexto del Tratado de amistad y no agresión firmado por las dictaduras ibéricas en 1939 y ratificado en el Pacto Ibérico de febrero de 1942, por el cual ambas naciones se comprometía a velar por el respeto de las fronteras y de su integridad territorial, el iberismo no despertó especial interés académico, y si lo hizo fue bajo una considera-



ción despectiva, como movimiento revolucionario desestabilizador decimonónico.

En la década de los sesenta, los estudios del iberismo y de las relaciones peninsulares emprendieron un «giro» gracias a los estudios metodológicamente contemporáneos de Pilar Vázquez Cuesta, María Victoria López Cordón e Hipólito de la Torre Gómez.<sup>13</sup> Una vez superadas las aspiraciones y planteamientos peninsulares, los iberismos se convirtieron en productos históricos «muertos», susceptibles de ser estudiados como circunstancias del pasado, generando el espacio necesario entre los historiadores y el objeto de estudio, a fin de evitar el panegírico.

#### Tendencias y usos públicos de la historia de los iberismos<sup>14</sup>

Los estudios históricos referentes al iberismo y las relaciones político-diplomáticas entre España y Portugal han dejado de ser en las últimas décadas el producto de una vindicación o un rechazo ideológico. Una profusión de historiadores, obras y jornadas científicas han creado una perspectiva de análisis peninsular, favorecida por la entrada de ambos países en el marco europeo y la necesidad de crear valores identitarios que superen los tradicionales marcos nacionales. Sin embargo, la amplia producción historiográfica se ha visto acompañada de un intento político de dirigir las conclusiones hacia supuestos que favorezcan las relaciones con el país vecino, es decir, incidiendo en el uso público de la narración del pasado y obviando pasajes de la historia que pudieran resultar polémicos. La historiografía ha tomado por ciertos determinados sesgos, con el objetivo de favorecer el encuentro peninsular y el establecimiento de conclusiones conjuntas que no produzcan celos patrios. La primera conclusión visible es la progresiva homogeneización del discurso histórico y sus tendencias –o sesgos– no sometidos a la crítica ni al debate metodológico.

#### Los iberismos en el marco de la historia de las relaciones internacionales

La primera tendencia que caracterizamos se trata del estudio de los iberismos en el marco de la historia de las relaciones internacionales, obviando que los proyectos de unión, federación o acercamiento peninsular no tienen una relación directa con la diplomacia de España y Portugal, en tanto que el proyecto ibérico se presentó como una nueva construcción nacional –o transnacional–, historicista y cultural, pero en ningún caso fruto de la promoción estatal. Al proponer un modelo de estado diferenciado del existente, consideramos arriesgado relacionarlo estrictamente con las coyunturas políticas o las relaciones internacionales entre ambos países.<sup>15</sup> De esta forma, no podemos reducir el estudio de los iberismos a las coyunturas políticas de dos estados constituidos. En primer lugar, porque las ideas unionistas nunca lograron institucionalizarse –en partidos políticos fuertes ni proyectos definidos– ni hubo gobierno peninsular que las abanderara. Por lo tanto, cuando hablamos de los iberismos decimonónicos nos movemos en esferas de historia intelectual, historia cultural o historia de las culturas políticas, no en el horizonte de las relaciones diplomáticas.

El «giro cultural» y la historia de los conceptos ha cuestionado la hegemonía de la historia militar o diplomática centrada en el devenir de las naciones y protagonizada por unos líderes representativos del carácter nacional. Frente a la rigidez de las historias políticas de los grandes hombres, surgió el concepto de «cultura política», prestando mayor atención a la libertad de los individuos para gestar sus propias ideas e intereses al margen de las corrientes de pensamiento oficiales. En lugar de centrar su objeto de estudio en los grandes hechos, explora la multiplicidad de interacciones entre el individuo y la sociedad y enfatiza en la naturaleza simbólica de los fenómenos y la complejidad de los planteamientos políticos.<sup>16</sup> Pese a los «giros» de los



métodos de compresión histórica, el profesor Francisco Javier Caspistegui advertía que la historia cultural apenas había sido acogida en el ámbito académico español, en buena medida por la escasa renovación de los estudios históricos socioeconómicos, estructuralistas y positivistas.<sup>17</sup>

Las doctrinas políticas y la realidad social no tienen por qué confluir en una utópica representatividad en torno al estado. Un ejemplo lo encontramos cuando descendemos la escala de estudios al fenómeno de las sociedades fronterizas, ancladas en unos modelos de solidaridad comunales precedentes a la construcción de los estados-nación y basadas en la racionalización del espacio y los recursos. El escritor Alonso de la Torre llamó la atención en uno de sus libros de viajes sobre la inexistencia prolongada de barreras fronterizas en la *raya*, pese a las disposiciones gubernamentales emanadas desde las capitales.

Porque aunque la *raya* como línea administrativa divisoria nunca haya existido para los habitantes de los pueblos fronterizos, la *Raya* como comarca a caballo entre el Alentejo y Extremadura siempre ha estado ahí, con sus pueblos legendarios, sus personajes inefables, sus negocios extraños, sus fortalezas salpicadas aquí y allá.<sup>18</sup>

Una vía de investigación interesante sería entender los iberismos como proyectos de una nueva formulación identitaria, nacional, transnacional o federal. En este campo, el análisis comparado de las visiones compartidas, el estudio de las autoimágenes nacionales y literarias o *imagologías*, ha destacado la importancia del proceso de creación del imaginario frente a la plasmación teórica, homogénea y conclusa de los nacionalismos decimonónicos.<sup>19</sup> La vía que planteamos pasa por un acercamiento interdisciplinar a las doctrinas iberistas y a las relaciones peninsulares, tomando como punto de partida la historia de los procesos culturales, sin renunciar a la tradición historiográfica política y socio-económica.

### Naciones concebidas como entes volitivos

El segundo sesgo al que nos referimos es la consideración de España y Portugal como agentes individuales, entes volitivos con voluntad propia, actores sensibles y pensantes en la esfera de las relaciones internacionales. Esta personificación tiene su origen en la construcción nacional del estado liberal en el siglo XIX. A partir de las historias generales de España y de Portugal, la extensión de la educación pública obligatoria y el control del espacio público a partir, por ejemplo, de la erección de monumentos o el nombramiento del callejero, se transmitió una imagen homogénea del país y de su voluntad. Una voluntad sin disensiones, a la que todos los ciudadanos se sumaban como plebiscito nacional. Ese espíritu nacional compactado —*Volkgeist*— se transformaba en la voz «pueblo», un sujeto colectivo destinatario y protagonista de los acontecimientos.<sup>20</sup>

La fabricación historicista de las entidades nacionales fundamentó sus diferencias en una serie de trabajos historiográficos dotados de cientificidad que daban sentido a la identidad de un colectivo eternizado e idealizado. Es en esta conjunción entre racionalidad y emotividad donde la nación, y su personificación en el concepto de «pueblo», adquiere una identidad combativa. Para la construcción del nacionalismo decimonónico fue clave el símbolo, pues de su elección y adaptación a la coyuntura dependió en buena medida la fuerza aglutinadora del movimiento identitario. Banderas, himnos y mapas tuvieron como objetivo la incitación de sentimientos de afinidad en la comunidad, que se imaginaba participe de unos ideales comunes. Estos símbolos fueron utilizados como actores decisivos de la construcción nacional, difundidos por una serie de medios de comunicación y socialización con una indudable capacidad de cohesión y movilización.<sup>21</sup> Pérez Garzón reflexionaba sobre las vinculaciones entre narraciones históricas y coyunturas políticas:



Tenemos que dar coherencia a ese pasado y buscar relaciones con el presente, escudriñar las señales que nos permitan reconocernos en aquellos sujetos históricos que somos capaces de singularizar y nombrar. Tal es nuestro poder social desde el siglo XIX y en ello seguimos, por más que nos rodeemos de métodos y técnicas de investigación.<sup>22</sup>

Sin embargo, en el horizonte líquido de la globalización y de la mundialización, los historiadores deberíamos matizar y dotar de heterogeneidad a colectivos e ideas que, por definición, son complejos en su seno.<sup>23</sup> Los proyectos nacionales están en constante cambio y reafirmación, por lo que consideramos conveniente rechazar la rigidez de los estudios basados en planteamientos nacionales y abrir cauces de comprensión en la metodología historiográfica. Es decir, una escritura de la historia que supere el objetivo de crear naciones y dotar de pasado a las comunidades.

David Birmingham, en una sintética *História de Portugal* publicada en 1993, insistía en una serie de tópicos constitutivos del sentimiento identitario portugués: antigüedad como elemento justificativo y resistencia frente a España como evidencia del carácter independiente luso.

Portugal es uno de los países que con mayor éxito ha sobrevivido a lo largo de la historia [...], también dejó huella en cada rincón del mundo [...], logró escapar de la dominación española [...]. El pueblo de Portugal es por supuesto mucho más antiguo que el estado moderno, y su historia es larga y rica. En realidad, el reino medieval de Portugal se describe algunas veces como el estado superviviente más antiguo de Europa. Las raíces culturales de la sociedad portuguesa son aún más remotas.<sup>24</sup>

En esta línea, el profesor António José Telo, profesor de Historia en la Academia Militar de Lisboa, consideraba irrenunciables los planteamientos constitutivos de la nacionalidad portuguesa.<sup>25</sup> En sus investigaciones, reiteraba que Portugal era el país más antiguo de Europa, con unas fronteras inamovibles desde hacia siete siglos, con una lengua, una cultura propia y dife-

renciada y un sentimiento nacional férreo. Además, era un elemento esencial para el pueblo portugués la amenaza imperialista de Castilla, lo que explicaría la vocación atlántica y la expansión ultramarina.

En los procesos de construcción identitaria, los estados se valieron de la historia para definir la idiosincrasia nacional y anclar el presente de la comunidad en una línea continua que conectaba el pasado más remoto con un futuro ineludible. Esta construcción está lejos de ser una obra única de historiadores, sino que envuelve también a un conjunto de agentes sociales, artísticos y culturales. Los estados se valieron de estrategias de asentamiento de la memoria, conmemorando con celebraciones y monumentos los acontecimientos representativos del espíritu nacional, efemérides que ningún ciudadano debía olvidar para perpetuar la esencia nacional. Estos festejos públicos cumplieron una función simbólica inevitable a la hora de homogeneizar y nacionalizar a los miembros de la comunidad. Eric Hobsbawm destacaba las presiones que deben soportar los historiadores,

a manos de los estados y los regímenes nuevos y antiguos, de los grupos de identidad. (...) la historia está siendo revisada o inventada hoy más que nunca por personas que no desean conocer el verdadero pasado, sino sólo aquel que se acomoda a sus objetivos. La actual es la gran era de la mitología histórica. La defensa de la historia por sus profesionales es en la actualidad más urgente en la política que nunca. Nos necesitan.<sup>26</sup>

En definitiva, planteamos la superación de la consideración volitiva de las naciones y los estados en aras de una historia que atienda al papel polimórfico de los individuos y los estados. Las relaciones internacionales entre España y Portugal son responsabilidad de gobiernos, políticos o economistas, personas en última instancia, no de entes abstractos ni de bloques monolíticos. De esta forma, podemos comprobar cómo los períodos de relaciones de desconfianza entre los gobiernos peninsulares no tienen por qué



aparejar la pérdida de contactos culturales ni fronterizos.

#### La construcción del Estado autonómico

El tercer sesgo se refiere al uso público de la historia al servicio de las nuevas formaciones autonómicas en el Estado español. La descentralización administrativa —ligada a niveles retóricos con la apertura de procesos democráticos— propició la aparición de nuevas élites políticas interesadas en diferenciarse como pieza clave en la legitimación del nuevo orden político. En este contexto, las comunidades españolas fronterizas con Portugal, a través de publicaciones, encuentros historiográficos y declaraciones institucionales, se presentaron como nexo de unión imprescindibles para entender las relaciones entre ambos países, lo que implicaba un proceso de sobrevaloración de las regiones en materia de relaciones internacionales y la alteración del nivel de perspectiva.

Los proyectos políticos autonómicos demandaron del «uso público de la historia» en aras de la concreción regional, a partir de «historias por encargo» y del aprovechamiento del historiador como funcionario público. Este uso intencionado del pasado —en contestación a la construcción nacionalista española y católica de la dictadura franquista— ha estallado en la representación autonómica como puente de las relaciones peninsulares. La historiografía autonómica que surge en la «Transición» fabricó modelos de realidad a partir de divisiones políticas y administrativas *ex novo*, integrando el caudal histórico en entidades fijas y compactas. En este quehacer, la historia se paralizó en las formas territoriales actuales: lo que nació contingente se materializó en una identidad inmemorial y eterna.<sup>27</sup> Tomemos como ejemplo de estudio las instituciones extremeñas —regionales, provinciales y locales— junto a otros agentes de la misma comunidad —entidades bancarias, asociaciones, instituciones culturales, etc.— que han procurado subrayar la existencia de una identi-

dad partiendo de sí mismas, buscando argumentos legitimadores en el pasado y contando con una amplia red de medios de comunicación y de difusión.

En este contexto, las comunidades autónomas fronterizas con Portugal han encontrado una justificación política en relación a la importancia estratégica de su territorio con el país vecino. Un caso significativo lo encontramos en el caso extremeño. El gobierno autonómico ha abanderado una campaña de acercamiento a Portugal, destacando su posición privilegiada para entablar relaciones diplomáticas con el gobierno luso.

Extremadura emprendió, como Ulises, el viaje al reencuentro con Portugal, sabedor de que la antigua raya, la vetusta frontera, había que derribar para dejar de ser unos extraños dentro de la Unión Europea, con ambos pueblos inmersos en sistemas democráticos, para, respetando las identidades respectivas, emprender juntos un camino que les llevase a conseguir metas más amplias de entendimiento y desarrollo.<sup>28</sup>

Ante la formación de organismos transnacionales, las comunidades autónomas limítrofes pretenden abanderar las relaciones en clave positiva con el país vecino. De hecho, las conexiones con Portugal se han convertido en el eje de la política de los gobiernos autonómicos y han entrado a formar parte de las características de la identidad regional extremeña. Uno de los objetivos es que el carácter fronterizo permita justificar la sustitución o limitación del gobierno central en todo lo referente a Portugal.<sup>29</sup> Para ello, no sólo políticos, sino también historiadores, sociólogos o periodistas, recalcan el papel pionero de las autonomías desde su constitución como instituciones democráticas. «Extremadura ha tenido un papel pionero, que hoy sigue siendo sobresaliente. Gracias a esta labor, la mirada hacia el otro es más limpia y justa y natural».<sup>30</sup> Esta misma idea es la base de los encuentros científicos y culturales *Ágora, el debate peninsular*, organizados por el Gabinete



de Iniciativas Transfronterizas de la Junta de Extremadura, para tratar cuestiones políticas, económicas y culturales con el país vecino. Si bien es cierto que han favorecido el interés por la profundización en los temas portugueses, el objetivo último era destacar el papel imprescindible e incluso pionero de Extremadura en las relaciones políticas con Portugal.

### El rechazo al iberismo

Es recurrente en los análisis históricos sobre el iberismo comenzar o finalizar con una reflexión general que rechaza vehementemente las propuestas peninsulares. Estudios fundamentados en parámetros metodológico-rationales aportan esta opinión con el fin de justificar el acercamiento al iberismo desde planteamientos contrarios a la unión. La crítica al iberismo puede explicarse por la cautela del historiador español y su búsqueda de aprobación en la comunidad historiográfica portuguesa. Además de emitir juicios de valor, insisten en la escasa importancia que tuvieron en el pasado, y tienen en el presente, las doctrinas ibéricas.

Los historiadores que se han acercado a las ideologías y culturas políticas peninsulares mantienen un discurso historiográfico fijado por planteamientos nacionales y fundamentados en estados que interactúan como entes volitivos. De tal manera, parten de la existencia de fronteras fijas, culturas homogéneas y estables y un pueblo dotado de voluntad común. Encontramos un ejemplo en un artículo del historiador Juan Carlos Jiménez Redondo que valoraba el iberismo en el año 2003 como «visiones parciales, ópticas desenfocadas y percepciones basadas en tópicos sin sentido que han lastrado el conocimiento mutuo.»<sup>31</sup> Consideramos demasiado «atrevidas» este tipo de afirmaciones, en tanto que desconocemos la capacidad que tienen los historiadores de definir su trabajo en clave de enfoque óptico y reconocer otras explicaciones del pasado como desenfocadas. Jiménez Redondo continuaba con la descalifica-

ción del iberismo y la insistencia en su carácter residual en la actualidad:

Esta ruptura [...] resulta evidente si consideramos el bajísimo porcentaje de españoles que se declaran partidarios de una perspectiva iberista, hasta el extremo de afirmar que el iberismo ha desaparecido como referencia del pensamiento político español, siendo también prácticamente irrelevante dentro de la sociedad española la idea de una unión de España y Portugal. [...] se comprueba el carácter residual del iberismo como proyecto político. Es una idea que defienden más los grupos menos informados y los que menos se interesan por la política. Es mantenido, además, por personas de edad avanzada localizados en un mundo rural, principalmente mujeres; siendo insignificante entre grupos urbanos de edad media, con la excepción de jóvenes sin estudio, que se muestran algo más favorables a las tesis unionistas.<sup>32</sup>

Estas líneas son un buen ejemplo de las referencias valorativas a las que nos referimos. Una vez desmarcado el historiador de ideas iberistas, se proyecta como interlocutor verdadero entre un pasado de confrontación y un presente posible de entendimiento, propiciado, entre otros múltiples factores, por unas conclusiones «políticamente correctas». Jiménez Redondo recalca el «carácter residual» de los postulados ibéricos, y finalizaba con un discurso dicotómico, de iberistas rurales, ancianas y analfabetos y de no iberistas urbanos, de mediana edad y cultos.

Sin embargo, la estratificación que realizaba el autor de los apoyos unionistas según edad, sexo, residencia o nivel cultural, no correspondían con las últimas publicaciones estadísticas, que si bien no las consideramos como pruebas irrefutables de argumentación, contaban con más aportaciones que las opiniones tangenciales del historiador. El *Barómetro de Opinión Hispano-Luso (BOHL)*, de 2009, concluía que había un amplio espectro de la sociedad favorable a la federación de los dos Estados. Los portugueses se mostrarían muy de acuerdo o de acuerdo en un 39,9% de los encuestados, seguido por un 30,3% de españoles. Estos valores estadísticos





contradican los postulados historiográficos que insisten en el «carácter residual» de la unión ibérica. Se muestran indiferentes un 29,1% de españoles y un 17,7% de portugueses. En desacuerdo o muy en desacuerdo, el 30,5 % de españoles y el 34,1% de portugueses.<sup>33</sup>

Jiménez Redondo finalizaba su argumentación recurriendo a otro de los sesgos recurrentes: el deseo expansionista español en el pasado y la aceptación de la existencia del país vecino gracias al proceso democrático inaugurado tras la muerte del Caudillo. «Los procesos de transición a la democracia han acabado por derribar uno de los tópicos identificativos de más larga vigencia en la retórica del nacionalismo portugués: la inevitabilidad de la disolución de la nacionalidad portuguesa dentro de España»,<sup>34</sup> tal y como explicaba Hipólito de la Torre Gómez:

En el caso de España se traduce en un sentimiento de irredentismo ibérico, mantenido a lo largo de casi siglo y medio. Su inevitable frustración genera aquí actitudes pendulares que van de los arrebatos unionistas a largos decaimientos caracterizados por la omisión despectiva de la presencia portuguesa en la conciencia española.<sup>35</sup>

De todos los sesgos señalados, podemos concluir que en el horizonte académico los estudios ibéricos están condicionados en buena medida por conclusiones presentistas, políticamente correctas con las sensibilidades nacionales y encajadas en el discurso histórico del país vecino. Después de un exhaustivo análisis bibliográfico, encontramos escasas discrepancias discursivas entre los historiadores españoles especializados en relaciones internacionales.<sup>36</sup>

### Conclusiones

Nuestro objetivo en estas líneas ha sido el de visitar los trabajos historiográficos relacionados con el iberismo desde una óptica eminentemente contemporánea y cuestionar determinados principios aceptados por la comunidad académica que hunden sus raíces en

horizontes políticos y culturales nacionalizados. Sin embargo, en un contexto historiográfico e ideológico profundamente desnacionalizado, las explicaciones volitivas y compactadas de los nacionalismos peninsulares pierden su potencial explicativo.

El estado-nación que nació con la Modernidad sustentaba sus relaciones de poder en una representatividad horizontal –frente a la verticalidad monárquica– y fundamentaba su legitimidad en la existencia pretérita de la «nación», un vínculo inmaterial entre todos los ciudadanos concretado en las instituciones nacionales. En cambio, en la «modernidad líquida», el estado-nación ya no es el motor de la historia –habiendo delegado su soberanía a organismos globalizados, reservándose la intermediación entre «los mercados» y los ciudadanos a través del control ideológico y coercitivo–, pues éste ya no protagoniza los acontecimientos, se limita a ser observador dentro de múltiples variables e interinfluencias, que en ningún caso responden a los parámetros clásicos de soberanía estatal. A su vez, el «pueblo» ha perdido su centralidad en las narraciones del pasado, sustituido por la consideración de individuos plenamente atomizados y capacitados para actuar con autonomía. La fragmentación del objeto de estudio de la Historia y el agotamiento de los macrorrelatos da buena cuenta de ello. El ser humano ya no pertenece a un complejo funcionamiento orgánico de escala superior –la comunidad, la nación o la humanidad–, sino que en su propia condición de átomo es un objeto de estudio en sí mismo.

Si aceptamos las identidades nacionales que surgen acompañadas de las revoluciones liberales burguesas como constructos intelectuales y simbólicos de la nueva soberanía estatal, aceptamos el nacimiento, desarrollo y muerte de las mismas en un circuito abierto, propiciado por una coyuntura variable. En una sociedad globalizada que basa buena parte de sus relaciones en una red virtual de contactos mundiales y que tiene como filosofía el cambio, la no permanen-



cia en un territorio, o en un puesto determinado de trabajo, los discursos identitarios clásicos quedan obsoletos, incompletos para sociedades de individuos atomizados que libremente establecen relaciones en red, sin importar los condicionantes espaciales o culturales.

Sin embargo, mientras se mantenga en los programas educativos la narración del pasado al servicio de la construcción de la identidad nacional, será difícil superar el binomio interior-exterior que caracteriza cualquier acercamiento a las relaciones internacionales. Los estados no pretenden renunciar a una explicación homogénea y lineal de la nación que permita la aceptación ciudadana de su organización política y administrativa. Además, al tratar la historia de establecer pautas de diferenciación entre naciones, favorecen la definición de grandes hitos colectivos que cohesionan la sociedad en un discurso unívoco.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Agradecemos las aportaciones fundamentales al artículo de Francisco Javier Caspistegui Gorasurreta y de Sérgio Campos Matos.
- <sup>2</sup> MATOS, Sérgio Campos, «Was Iberism a Nationalism? Conceptions of Iberism in Portugal in the Nineteenth and Twentieth Centuries», *Portuguese Studies*, vol. 25, 2009, pp. 215-229; ID. and MOTA, David, «Portuguese and Spanish historiographies –proximity and distance», BERGER, Stefan and LORENZ, Chris (coords.), *The Contested Nation. Ethnicity, Class, Religion and Gender in National Histories*, Londres, Palgrave, 2008, pp. 339-366.
- <sup>3</sup> ROCAMORA ROCAMORA, José A, *El nacionalismo ibérico (1792-1936)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994.
- <sup>4</sup> Vid. BERGER, S. y LORENZ, C. (eds.), *The contested nation: ethnicity, class, religion and gender in national histories*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2008; *Nationalizing the past: historians as nation builders in modern Europe*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2010. Para el caso español, Vid. ÁLVAREZ JUNCO, José, BOYD, Carolyn (coord.), *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad. Vol. 12 de la Historia de España dir. por J. Fontana y R. Villares*, Barcelona, Crítica, 2013; PASAMAR, Gonzalo, *Apología and Criticism: Historians and the History of Spain, 1500-2000*, Bern, Peter Lang, 2010; ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001. Para el caso portugués, Vid. MATOS, Sérgio Campos, «History of Historiography and National Memory in Portugal», *History Compass*, vol. 10, 2012; «Iberismo e identidade nacional (1851-1910)», *Clio*, II Serie, n.º 14, 2006, pp. 349-400; *His-*

*toriografía e Memória Nacional, 1846-1898*, Lisboa, Colibri, 1998.

- <sup>5</sup> La 2.ª ed. fue publicada en Madrid por la Imprenta Rivadeneira, lo mismo que la 3.ª ed., en 1854, que ya incluía unas «palabras introductorias», dos imágenes, una bandera y un mapa. La 4.ª ed. fue publicada en 1856 en Barcelona, con una ampliación de un centenar de páginas y una biografía del autor escrita por Víctor Balaguer y José de Letamendi. La 5.ª ed., en castellano, publicada en Madrid, superaba las doscientas páginas. Vid. PEREIRA, Maria da Conceição Meireles, «Sinibaldo de Más: el diplomático español partidario del Iberismo», *Anuário de Direito Internacional*, n. 17, 2001, pp. 351-370.
- <sup>6</sup> Autores que recogerá en un capítulo dedicado al iberismo OLIVEIRA MARTINS, Joaquim Pedro de, *Portugal Contemporâneo*, vol. II, Lisboa, Guimarães & Cia Editores, 1976, (1881), pp. 292 y ss.
- <sup>7</sup> Destacamos: NOGUEIRA, José Félix Henriques, *Estudos sobre a Reforma em Portugal*, Lisboa, Typ. Social, 1851; PROUDHOM, Pierre Joseph, *El Principio Federativo*, Prol y trad. Francisco Pi i Margall, Madrid, Librería de Alfonso Durán, 1868; QUENTAL, Tarquínio Anthero de, *Portugal perante a Revolução de Hespanha. Considerações sobre o futuro da política portuguesa no ponto de vista da democracia Ibérica*, Lisboa, Typ. Portuguesa, 1868; PI I MARGALL, Francisco, *Las nacionalidades*, 2ª ed., Madrid, Imprenta y Librería de Eduardo Martínez, 1887, [1877]; CÁMARA, Xisto, *A União Ibérica*, 2ª ed., trad. de Rodrigo Paganino y prol. de José Maria Latino Coelho, Lisboa, Typ. Universal, 1859.
- <sup>8</sup> *Historia de una idea: España y Portugal*, Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1869. El desarrollo de estas conspiraciones liberales cuenta con escaso peso documental y se basa más en memorias y en obras autobiográficas.
- <sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 48-49.
- <sup>10</sup> FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel, *Mi misión en Portugal. Anales de ayer para enseñanza del mañana*, Paris, Tip. De Tolmer e Isidore Joseph, s. d., (1877).
- <sup>11</sup> DEL NIDO Y SEGALERVA, Juan, *La Unión Ibérica. Estudio crítico, histórico de este problema, formada con cuanto acerca de él han escrito los historiadores, así portugueses como españoles, y los defensores de ella*, Madrid, Tip. de Prudencio P. Velasco, 1914. La obra fue continuada con dos opúsculos en los que se recogían las repercusiones provocadas por el libro. *La Unión Ibérica, Opúsculo. Mi contestación a la prensa lusitana*, Madrid, Imp. viuda Ramona Velasco, 1915; *Opúsculo, defensa motivada de mi libro. Estudio sobre el problema «La Unión Ibérica»*, Madrid, Imp. Ramona Velasco, 1916.
- <sup>12</sup> Vid. JIMÉNEZ REDONDO, Juan Carlos, «La historiografía española sobre Portugal», DE LA TORRE GÓMEZ, H. y TELO, António José (coord.): *La mirada del otro. Percepciones luso-españolas desde la historia*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2001 pp. 215-234.
- <sup>13</sup> Vid. DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito, «Historiografía española del Portugal contemporáneo», *Revista Ayer: La historia en 1996*, n. 216, 1997, pp. 22-27. PEREIRA, Maria da Conceição Meireles, «Relações entre Portugal e Espanha na Época Contemporânea. Ponto da situação historiográfica», *Revista da Faculdade de Letras HISTÓRIA*, Porto, III Série, vol. 4., 2003, pp.85-100; VÁZQUEZ CUESTA, Pilar, *El concep-*



- to de España y de los españoles en la literatura portuguesa del siglo XIX, tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense, 1961; *Espanha ante o Ultimátum*, Lisboa, Livros Horizonte, 1975; LÓPEZ CORDÓN, María Victoria, *El pensamiento político internacional del federalismo español*, Barcelona, Planeta, 1975.
- <sup>14</sup> «Usos públicos de la historia» es un concepto de Jürgen Habermas que comenzó a utilizarse en 1986 a raíz del debate sobre la identidad alemana, la reescritura del nacionalsocialismo y la función social de los historiadores. Vid. CARRERA ARES, J. J. y FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos (eds.), *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons, 2003; GALLERANO, Nicola (ed.), *L'uso pubblico Della Storia*, Milano, FrancoAngeli, 1995; LOWENTHAL, David, *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998.
- <sup>15</sup> Vid. CATROGA, Fernando, «Nacionalismo e ecumenismo. A questão Ibérica na segunda metade do século XIX», *Cultura, História e Filosofia*, Vol. IV, Lisboa, 1985, pp. 419-463; MATOS, Sérgio Campos, «Was Iberism a Nationalism? Conceptions of Iberism in Portugal in the Nineteenth and Twentieth Centuries», *Portuguese Studies*, Londres, vol.25, 2009, pp.215-229.
- <sup>16</sup> KELLEY, Donald, «El giro cultural de la investigación histórica», OLÁBARRI, Ignacio y CASPISTEGUI, Francisco Javier, *La «nueva» historia cultural. La influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinaredad*, Madrid, Editorial Complutense, 1997, pp. 35-48; KOSELLECK, Reinhart, *Historia de los conceptos y conceptos de historia*, Madrid, Marcial Pons, 2004.
- <sup>17</sup> Vid. una síntesis en CASPISTEGUI GORASURRETA, Francisco Javier, «La llegada del concepto de cultura política a la historiografía española», FORCADELL, Carlos, PASAMAR, Gonzalo, PEIRÓ, Ignacio, SABIO, Alberto y VALLS, Rafael (ed.): *Usos de la Historia y políticas de la memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 167-186.
- <sup>18</sup> ALONSO DE LA TORRE, José Ramón, *La frontera que nunca existió*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2007, pp. 12-13.
- <sup>19</sup> Vid. DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito y TELO, Antonio José (coords.), *La mirada del otro. Percepciones luso-españolas desde la historia*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2001; SANTOS UNAMUNO, Enrique, «Diálogos ibéricos, imágenes, relaciones e interculturalidad luso-española», en FERNÁNDEZ GARCÍA, María Jesús y LEAL, María Luisa (coords.), *Imagologías Ibéricas: construyendo la imagen del otro peninsular*, Mérida, Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, 2012, pp. 19-31.
- <sup>20</sup> VALLADAR, Francisco de P., «Las Glorias de Granada», *La Alhambra*, 37, 1885, p. 1: «Esta es la causa de que las investigaciones históricas hayan tomado hoy nuevos caminos, y de que el historiador no se satisfaga con documentos, códices, monumentos de arte, indumentaria, industria artística, etc., sino que escudriñe con cuidadoso empeño al pueblo de hoy, para de dato en dato, de revelación en revelación, poder comprender al pueblo de pasadas edades. Por eso hay tantos historiadores y críticos que piden respeto para las costumbres, prácticas, usos, ceremonias, cantos, bailes y fiestas populares.»
- <sup>21</sup> Para el caso luso destacamos MATOS, Sergio Campos, *Consciencia histórica e nacionalismo*, op. cit.; y para el español SERRANO, Carlos, *El nacimiento de Carmen*, Madrid, Taurus, 1999; GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo, *La herencia del pasado. Las memorias históricas de España*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.
- <sup>22</sup> PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, *La gestión de la memoria: la historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 106.
- <sup>23</sup> Hemos desarrollado la influencia de los horizontes líquidos conceptualizados por Bauman en el oficio de historiador en RINA SIMÓN, César «De la Historia sólida a las historias líquidas. Los condicionantes tecnológicos y neoliberales del oficio», *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 12/4, 2012, pp. 1-15. Vid. BAUMAN, Zygmunt, *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009; LIPOVETSKY, Gilles, *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*, Barcelona, Anagrama, 2010; AUGÉ, Marc, *El tiempo en ruinas*, Barcelona, Gedisa, 2003.
- <sup>24</sup> BIRGMINGHAM, DAVID, *Historia de Portugal*, Madrid, Akal, 2005, pp. 1-12, [1993].
- <sup>25</sup> Vid. TELO, António José, «O reequilíbrio das fronteiras históricas portuguesas e a nova relação com Espanha», DE LA TORRE GÓMEZ, H. y TELO, António José (coord.): *La mirada del otro. Percepciones luso-españolas desde la historia*, op. cit.
- <sup>26</sup> HOBSBAWM, Eric, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 273.
- <sup>27</sup> PÉREZ GARZÓN, J. S., *La gestión de la memoria*, op. cit., p. 161: «Las historias nacionales nunca comienzan el relato de su biografía fijando sus orígenes en los momentos en que se inicia la configuración de identidades y de proyectos políticos de carácter nacional. Esto sería tanto como negarse a sí mismas (...). Si sus orígenes fueron tan cercanos cabría llegar a pensar que las naciones no son más que meros artificios ideológicos temporales que ciertas tendencias políticas y sus soportes sociales habrían venido utilizando desde un pasado bastante reciente.»
- <sup>28</sup> RUIZ DE GOPEGUI SANTOYO, Luis Ángel, «Visiones de España y Portugal desde los medios de comunicación social», *Agora. Debate peninsular 2001*, Badajoz, Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, 2001, p. 21.
- <sup>29</sup> NIETO FERNÁNDEZ, María Isabel, *Las relaciones exteriores de Extremadura: Historia de una década (1990-1999)*, Mérida, Junta de Extremadura, 2004.
- <sup>30</sup> DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito y TELO, Antonio José (coords.), *La mirada del otro. Percepciones luso-españolas desde la historia*, op. cit., p. 16.
- <sup>31</sup> JIMÉNEZ REDONDO, Juan Carlos, «La historiografía española actual sobre Portugal», *La mirada del otro*, op. cit., p. 229.
- <sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 232-233.
- <sup>33</sup> *Barómetro de Opinión Hispano-Luso*, BOHL, Salamanca, Universidad de Salamanca-CASUS-CIES, 2009, p. 18.
- <sup>34</sup> JIMÉNEZ REDONDO, Juan Carlos, «La historiografía española actual sobre Portugal», *La mirada del otro*, op. cit., p. 233.
- <sup>35</sup> DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito, «Historia, identidad nacional y vecindad ibérica en dos generaciones españolas», *La mirada del otro*, op. cit., p. 14.



## EL PASADO DEL PRESENTE

César Rina Simón

- <sup>36</sup> El conocimiento de la historia de vecindad entre España y Portugal en el siglo XX está repartido cronológicamente de la siguiente manera: Ignacio Chato Gonzalo es el referente para el siglo XIX. Hipólito de la Torre Gómez, formado con Oliveira Marques, ha trabajado sobre el primer tercio del siglo XX, hasta 1936. Juan Carlos Jiménez Redondo, aceptando el punto de partida de Hipólito de la Torre, se ha encargado de Franquismo, mientras que José Ángel Sánchez Cervelló ha investigado las relaciones en los modelos democráticos. Vid. DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito, «Historiografía española del Portugal contemporánea», *Revista Ayer: La historia en 1996*, n. 216, 1997, pp. 22-27.

